

Mentalidades femeninas en élites ganaderas: una confesión sincera

Bienvenido mal, si vienes solo

JACQUELINE URZOLA

Planeta, Bogotá, 2019, 234 pp.

BIENVENIDO MAL, si vienes solo es un acto escritural valiente –del género memoria autobiográfica– que deja constancia de la lente con que miraban el mundo las mujeres de familias ganaderas pertenecientes a la élite del departamento de Sucre, en Colombia, durante la década de 1960.

Lo que más sorprende de esta obra es su carácter abruptamente acrítico frente al universo que describe. Un historiador de mentalidades femeninas se deleitará con el copioso material que Jacqueline Urzola nos entrega: páginas que ofrecen la posibilidad de ver, sin filtro crítico alguno, cómo percibían y organizaban su vida social y afectiva las mujeres adineradas de la época; cómo ejercían el poder social de su “persona”, mediante dispositivos emocionales y estéticos que se expresaban en sus narrativas tanto conversacionales como gestuales y coreográficas, diseñadas para la esfera cotidiana que dominaban. Nos topamos con un mundo circular que gira obsesivamente sobre un único eje: la riqueza, su impudente despliegue y el temor obsesivo a perderla. En ello radica la paradoja que encierra esta obra. Se regodea en la agencia de valores y comportamientos despóticos que ahogan hasta estrangular a las protagonistas: la autora y su madre. Agencia que toma la forma de memorias, encarriladas unas tras otras, para describir y caracterizar la vida de la clase adinerada de la sabana costera. Leemos una confesión abundante de quien, al igual que su verdugo, no encuentra más salida que la huida.

Más que una trama, tenemos 19 piezas que, a manera de microcapítulos, componen el libro. Afrontamos un constante ir y venir sobre la línea de tiempo que subyace al texto: la historia de la familia Urzola Nader desde el matrimonio de la pareja (Emiro y Cecilia) hasta su decadencia económica, tan temida como anunciada. La autora

desvela los entresijos del carácter depresivo y agorero de su omnipresente madre y la manera como su ansiedad marcaba todo lo que tocaba: la enfermiza infancia de la narradora, su colosal miedo aprendido desde el primer respiro, el destino de los empleados domésticos, la dadivosa presencia de su padre, artífice involuntario de la “tragedia”, el prestigio social y posterior derrumbe financiero y emocional de los Urzola Nader.

El entramado doméstico femenino –madre, aya, hija– encarna el primer círculo de importancia; el segundo lo comparten su hermana, las tías y las abuelas; el tercero lo animan las “muchachas” y otros servidores de la casona; el cuarto lo protagonizan su padre y los personajes que lo circundan; el quinto lo abren las amigas de la autora y de su madre, y el sexto círculo lo ocupa su hermano menor, quien apenas merece pobres menciones esporádicas. Lo femenino sobreabunda, y estrangula al lector.

La idiosincrasia sabanera de la costa norte colombiana ha sido un apasionante tema literario desde tiempos inmemoriales. Pero Jacqueline Urzola se limita a encumbrar a un personaje femenino que, sin ejercer poder sobre el ámbito productivo o financiero, rige los destinos de la casa: su madre, centinela del patrimonio familiar (p. 62), casada a sus quince años para convertirse en la esposa “afortunada” de Emiro Urzola –hijo natural y heredero principal de uno de los ganaderos más adinerados del momento–, hombre apuesto y reconocido como un “ser bueno”.

Los escenarios se circunscriben al mundo emocional femenino sin matices. Una y otra vez, la autora lo describe de manera irreflexiva y no logra tomar distancia. En primerísimo plano aparece la casona familiar. Construida sin el más mínimo ahorro, bajo la dirección del arquitecto de moda que su padre contrata y deja en libertad para despilfarrar millones, la casona alberga amplísimos y ostentosos espacios para recepciones y fiestas:

A mis papás no les gustaban los adornos sencillos ni los muebles medianos ni tranquilos. En la casa nuestra todo era grande y lujoso como las pulseras de oro de cinco dedos de ancho con dijes de loros

que tenían piedras preciosas en los ojos y monedas con dibujos de poporos que mi mamá se ponía en las mañanas, después de que se bañaba. (p. 116)

En segundo plano, los clubes –Corozal, Campestre de Sincelejo, y los de Barranquilla y Cartagena–, escenarios perfectos para desplegar su prestancia y lujos en bailes de etiqueta y fiestas de disfraces y lentejuelas, como se hacía también en las comparsas: “Esos espectáculos nunca se repitieron porque nunca hubo otro Emiro Urzola dispuesto a meterle ese platal a una comparsa ni otra Cecilia Nader con su elegancia –decían también sus tías con orgullo” (p. 137). Y la autora se enorgullece al narrarlo.

Para mostrarnos su mundo, Urzola se vale de herramientas narrativas poco audaces: largos turnos de Cecilia Nader con la palabra, soliloquios encargados de transmitir la carga ideológica que alimenta al libro; descripciones meticulosas de los escenarios que transitan los personajes principales y las actividades que ocupan sus días, y listados gráficos de los objetos, eventos, referencias y actividades que llenaban su primera infancia. Un ejemplo elocuente de estos listados es el último microcapítulo, “Lo que me gustaba”, una copiosa enumeración que va de la página 217 a la 234.

El lenguaje que utiliza Jacqueline Urzola es descriptivo, aunque vivo; su estilo, una extensión anacrónica de estilo de su madre:

Los cuentos de mi mamá estaban siempre cargados de descripciones minuciosas que se remontaban a eventos y a personas de las cuales los oyentes muchas veces no tenían memoria [...]. En su afán por no dejar nada atrás, ni el más mínimo fragmento del más remoto cuento, cada pequeño avance le proporcionaba aliento para una nueva tanda de historias o un recorrido exhaustivo por su repertorio de temas y argumentos predilectos [...]. (p. 139)

El mundo masculino aparece bajo la lente de un pensamiento doméstico que lo evalúa y juzga sin prestarle el poder de la palabra. El sino paterno no es otro que el de malgastar su fortuna recientemente heredada, a pesar del temor omnisciente de la madre. Temor que

RESEÑAS		BIOGRAFÍA
no le impide ser cómplice activa pues derrocha elegancia y esplendor en toda ocasión social y familiar. La autora solo dedica dos capítulos a su padre como figura central, “Los días que había tragos” (p. 123) y “El whisky de Barbur Hermanos” (p. 149), para mostrarnos el “generoso anfitrión” que había sido, y ofrecer soporte a lo dicho y profetizado por su madre. La diada hija enfermiza-madre depresiva y agorera nos acompaña hasta cuando Jacqueline cumple nueve años y es llevada con su hermana a estudiar en Barranquilla, donde son “las internas mejor dotadas”. Con esta despedida, la autora también se despide de sus lectores, dejándonos con muchas preguntas sobre la realidad objetiva de las historias sin contar. Solo sabemos que el tan anunciado desplome se materializó cuando su madre cumplió cuarenta años y “renunció a su derecho a divertirse y a disfrutar de la vida y decidió que el freno era su única salida” (p. 201). Pero quedamos sin saber de qué freno nos habla. La reducción de la riqueza y del prestigio social son la “tragedia” anunciada, eje narrativo inmutable. “El dolor de mi mamá no tenía consuelo” (p. 203), porque los amigos de antaño los abandonaron, “salvo un par, que eran los más vaciados, porque así era la vida, los que no tenían cómo ayudarlos, esos fueron los que no los abandonaron. Los otros, los que sí estaban en condiciones, jamás les preguntaron si podían servirles en algo” (p. 203). Antes de cerrar, permítanme transcribir otro de tantos fragmentos que reflejan la irremediable mentalidad acrílica de la autora: Después de que era a nuestra casa de la playa adonde invitaban a sus colegas políticos y a sus compañeros congresistas a pasar unos días cuando querían congraciarse con ellos, y de que mis papás se los llevaban por su cuenta hasta quince días para Miami y comían en los mejores restaurantes a expensas suyas, jamás invitaron a mi papá a participar en el contrato de los licores del departamento ni lo nombraron delegado ante ninguna entidad oficial [...]. (p. 203) Pocas páginas antes de terminar, Jacqueline Urzola deja una muy sincera constancia de su propio abandono:	La decisión de hacer mi vida lo más distante de mi familia que podía, se afianzó en mí en esos momentos en que mi mamá no levantaba la mirada del suelo y mi papá, en el ejercicio de su lealtad incondicional, tampoco la levantaba [...] lo único que yo anhelaba era irme lejos de Sincelejo y no volver sino cada muchísimos años. [...] el dolor de esa desolación me terminó de invadir, sin contención, y nunca me dejó. [...] la decisión de correr tan lejos como pudiera, para que la sal que se les había prendido a ellos no me cogiera, se convirtió en el propósito más importante de mi existencia. (p. 216) Estas memorias de Jacqueline Urzola son una minuciosa y sincera confesión, donde habla sin tapujos la identidad femenina que habita y reproduce las élites ganaderas tradicionales de la costa Caribe colombiana. Margarita Flora Ruiz Soto	